

Si la literatura romántica se ha caracterizado por el redescubrimiento de los antepasados nacionales, la exaltación del "yo" y el florecimiento de las pasiones, por los sentimientos grandiosos hacia la naturaleza, el naturalismo, en cambio, ha tratado de expresar las influencias del medio ambiente y la herencia en las relaciones humanas y el duro mundo de los conflictos socioeconómicos contemporáneos. Para ello, se basaba en un pensamiento científico determinista, del que formaban parte la crítica a las religiones, la esperanza de reformas políticas y un evidente escepticismo hacia la condición humana.

Y si hubo un método aplicado conscientemente por sus escritores en la elaboración de las narraciones, éste provino, sobre todo, de una de las facetas más evidentes del positivismo; es decir, de la que consistía en la observación empírica de los hechos naturales y que podemos verificar directamente a través de la experiencia y los sentidos. Al igual que en la naturaleza, los fenómenos socioculturales -materia prima de la sociología propuesta por Comte- también tendrían sus leyes de formación, continuidad o transformación, tanto en el tiempo como en el espacio, y dependerían, en gran medida, de factores endógenos o biológicos. Por naturalismo, en resumen, el avance y los logros científicos de la revolución industrial comenzaron a ejercer una poderosa atracción sobre la literatura, al mismo tiempo

¹ Texto originalmente publicado en *O Naturalismo*, Colección Stylus, Perspectiva Ed., organización J.Guinsburg y João Roberto Faria.

que modificaron las artes plásticas, perplejas, en ese momento, con el poder de la fotografía.

Si determinamos como "período positivista" el que va aproximadamente desde 1830 hasta la primera década del siglo XX, se puede ver que los vínculos entre el desarrollo científico, la innovación tecnológica, el crecimiento y la diversificación de las industrias y la expansión de la riqueza son bastante estrechos (situación que, en cierta medida, se repite tras el final de la Segunda Guerra Mundial). En la física, por ejemplo, aparecen las aportaciones de Faraday, Maxwell, Hertz, Joule o Helmholtz; la química da un salto excepcional con Jöns Berzelius, von Liebig y Mendeliev; en las ciencias biológicas las figuras de Koch, Pasteur y Darwin, entre muchos otros, son grandes; en geometría, aparecen las propuestas de Riemann, Lobachevski y Felix Klein; en matemáticas, problemas más complejos y soluciones innovadoras son presentados por Augustin Cauchy, Karl Weierstrass y Georg Cantor.

En cuanto a la filosofía, y a pesar de las diferencias a veces notables entre los autores mencionados a continuación, las diversas historias suelen reunir, bajo el nombre de positivismo, no sólo las propuestas de Comte, sino también las de John Stuart Mill y Herbert Spencer, en Inglaterra, las de Jakob Moleschott y Ernst Haeckel, en Alemania, y también las de Roberto Ardigò, en Italia. Este hecho se debe a la existencia de algunos principios comúnmente aceptados o defendidos por esos autores. Así: 1) la oposición a las corrientes idealistas o metafísicas, adoptando una visión materialista del mundo y la convicción de que toda idea de carácter espiritualista será superada tarde o temprano; 2) sólo se puede conocer realmente lo que el método científico aplicado por las ciencias naturales permite investigar; dicho método, que formula las leyes de causa y efecto de

los fenómenos, se aplica igualmente al examen de la sociedad y, por lo tanto, a las ciencias sociales; 3) la aplicación técnica de los conocimientos científicos es la única o, al menos, la mejor solución para los problemas humanos y sus intereses concretos; 4) en consecuencia, hay una esperanza efectiva de racionalidad, de progreso continuo y creciente de las sociedades, tanto como en el campo tecnológico de la naturaleza; 5) mediante procesos o etapas, todo evoluciona de lo más simple a lo más complejo, de lo indefinido/imperfecto a lo definido/perfecto, o incluso de las contradicciones a la estabilidad - materia, vida, arte.

En realidad, algunas de las ideas y propuestas de este diseño positivista ya habían sido sugeridas por autores como Pierre-Jean Cabanis o Saint-Simon (con quien Comte trabajó como secretario). Cabanis, por cierto, terminó siendo considerado un filósofo naturalista, término usado en Francia para aquellos que se basaban en el empirismo inglés, el enciclopedismo francés y, en general, la ilustración europea. En la obra "Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre" (*Rapports du physique et du morale de l'homme*)², Cabanis explica así el examen de las ideologías (énfasis míos): "Los escritores que se ocuparon con cierta profundidad del análisis de las ideas, del lenguaje u otros signos que las representan, y de los principios de la moral privada o de la moral pública, sintieron casi todos esta necesidad de abordar en sus investigaciones segundo el conocimiento de la naturaleza física del hombre. En efecto, ¿de qué manera podemos describir con precisión, apreciar y limitar, sin error, los movimientos de una máquina y los resultados de su acción, si no conocemos de antemano su estructura y sus propiedades? Todo

² Segunda edición, de 1808, reproducida electrónicamente por CNRS-Gallica Classiques

filósofo ha hecho su teoría del hombre; incluso aquellos que, para explicar las diversas funciones, tuvieron que suponer en él dos dinamismos de distinta naturaleza, reconocieron que *era imposible sustraer las operaciones intelectuales y morales del imperio físico*; y en la estrecha relación que admiten entre ambas fuerzas motrices, el género y el carácter de los movimientos quedan siempre subordinados a las leyes de la organización... Aquí, el moralista y el médico siempre caminan en la misma línea. Éste (el médico) sólo adquiere el conocimiento completo del hombre físico considerándolo en todos los estados por los que puede pasar la acción de los cuerpos exteriores y las modificaciones de su propia facultad de sentir; el de allí (el moralista) hace que *las ideas más extensas y justas del hombre moral sean las más atentas que ha seguido, en todas las circunstancias en las que se encuentra por los peligros de la vida, los acontecimientos del estado social, los gobiernos, las leyes y la suma de los errores o verdades esparcidas a su alrededor. ... los principios relativos a este último estudio están necesariamente oscurecidos por la ola de hipótesis metafísicas*. De hecho, en el estudio de las ciencias morales, no quedaba ninguna base sólida, ningún punto fijo al que pudieran atarse los resultados de la observación y la experiencia... Tal era, antes de que Locke apareciera, el estado de las ciencias morales".

Del mismo modo, Saint-Simon propone en *Mémoire sur la science de l'homme*: "Recordando las nociones generales que todos los hombres instruidos recibieron en su educación, sobre la marcha que el espíritu humano siguió después del origen de su desarrollo, reflexionando de manera particular sobre la marcha que siguió después del siglo XV, vemos: 1) que su tendencia después de ese tiempo es basar todos sus razonamientos en hechos observados y

discutidos; que sobre esta base positiva ya ha reorganizado la astronomía, la física, la química; y que sus ciencias hoy forman parte de la educación pública y constituyen su base. De esto se deduce necesariamente que la fisiología, de la que forma parte la ciencia del hombre, será tratada por el método adoptado por las otras ciencias físicas, y será introducida en la educación pública cuando se haya vuelto positiva... La ciencia general no puede ser una ciencia positiva a menos que las ciencias particulares se basen en observaciones" (www.uqac.quebec.ca, *Classiques des Sciences Sociales*, Université du Québec).

Parece que la calificación de positivo se ha utilizado para el método adoptado por las ciencias físicas y naturales, siendo este último también transpuesto o adecuado para las investigaciones fisiológicas y filosóficas. Así pues, hay que tener en cuenta que el término positivo, como ya lo utilizó Leibniz, designa lo que se pone a la vista, al reconocimiento más inmediato, consistente, por tanto, en una realidad o un hecho existente.

De ahí la razón por la que, ya en la Advertencia de su *Cours de Philosophie Positive*, Comte definió el positivismo como "una forma especial de filosofar que consiste en afrontar las teorías... teniendo como objeto la coordinación de los hechos observados, lo que constituye el tercer y último estado de la filosofía general, primitivamente teológica y luego metafísica" (*Classiques des Sciences Sociales*, idem, ibidem). Negándose a proponer o alcanzar nociones absolutas, e incluso a conocer las causas íntimas de los fenómenos, Comte se limita a "descubrir las leyes efectivas, es decir, sus invariables relaciones de sucesión y semejanza". La explicación de los hechos no es, en adelante, más que el vínculo establecido entre los diversos fenómenos particulares y ciertos hechos

generales". Por lo tanto, si la naturaleza tiene leyes inmutables, la misión de la ciencia sería descubrir su funcionamiento y establecer una unidad, y la comprensión debería abandonar las pretensiones "metafísicas" de llegar a las causas primeras o finales. Está destinada a lograr la más completa sumisión de la naturaleza al hombre, para que éste la domine e instrumentalice. Si esto es válido para las ciencias en particular, lo es aún más para la "ciencia universal" que es la sociología positiva, el fundamento de toda reforma y mejora humana, y el modo de superar definitivamente las "etapas" anteriores de la cultura (teológica y metafísica). Para lograr este objetivo, debe determinar, con la ayuda de la biología y la fisiología, las leyes de la vida social que impiden su tendencia a disolverse.

En *De la Physiologie Sociale*, el mismo Saint-Simon explicó lo que se entendía entonces por fisiología, vocablo y concepto caros al naturalismo. En primer lugar, examina la acción y las influencias de los agentes externos en los organismos vitales. Pero no es una ciencia que sólo se ocupa del funcionamiento interno e individual de los procesos físicos y químicos. Con mentalidad social, estudia la vitalidad de las culturas y civilizaciones, lo que contribuye a desarrollarlas y mejorarlas o, por el contrario, a detenerlas, perturbarlas y destruirlas. Estos son, por supuesto, aspectos económicos, sociales, políticos, morales y artísticos que se relacionan entre sí, ya que la sociedad no se movería como un grupo caótico de acciones independientes y sin rumbo. En sus palabras: "Una fisiología social, constituida por los hechos materiales que se derivan de la observación directa de la sociedad, y una 'higiene' (es decir, un sano equilibrio) que implique los preceptos aplicables a tales hechos son las únicas bases positivas sobre las que establecer el sistema de organización que reclama el estado actual de la

civilización... la fuerza de un pueblo descansa mucho más en el pacto social que asocia todas las capacidades para el mejoramiento de las obras útiles y comunes que en la multiplicidad de elementos de riqueza y poder que ningún espíritu filantrópico puede conciliar... hoy en día los reyes ya no deben gobernar lejos de sus pueblos; no deben hacer nada importante sin explicar sus motivos, admitiéndolos en sus consejos, pidiéndoles su opinión sobre las medidas a tomar, consultándoles sobre las necesidades del Estado y concediéndoles el poder de votar o rechazar los impuestos, es decir, la facultad de favorecer o impedir las empresas sometidas a sus exámenes" (www.uqac.quebec.ca, *Classiques des Sciences Sociales*, Université Du Québec, página 34).

Sin embargo, la influencia más directa, pues que confesada, sobre la observación y la experimentación fisiológica que Zola y escritores como Paul Alexis, Joris-Karl Huysmans y Guy de Maupassant han adoptado se encuentra en la obra *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, del médico Claude Bernard. Tanto es así que Zola, en el texto conocido como *Le Roman Expérimental* (Charpentier, París, 1890, reproducido en www.lettres.tice.ac-orleans-tours.fr, sin indicación de página) hace primero un resumen alentador de la obra médica y luego afirma: "si el método experimental conduce al conocimiento de la vida física, también debe conducir al conocimiento de las vidas apasionadas e intelectuales. Sólo se trata de títulos en el mismo camino, de la química a la fisiología, después de la fisiología a la antropología y la sociología". Asumiendo, por lo tanto, los roles de observador y experimentador, el novelista se convierte en "el juez de la instrucción de los hombres y sus pasiones".

Con todo esto se puede percibir la importancia que se da al medio ambiente, a los aspectos físicos, a la historia y a las relaciones sociales concretas que serán los aspectos más importantes para Comte y el positivismo. Partiendo del hecho de que los fenómenos humanos son, sobre todo, sociológicos, y esto en el sentido más preciso de que el hombre, cuando sólo se considera subjetivamente, no es más que una abstracción, ya que ninguna ciencia puede construirse sobre la individualidad.

Esta misma consideración se aplica ahora a los fenómenos artísticos, como escribe Hipólito Taine (*Philosophie de l'art*, Germer Baillière Ed., 1865, capítulo I, páginas 9 y 10) a sugerencia del positivismo: "La familia de los artistas, a su vez, está compuesta por un conjunto más grande, que es el mundo que le rodea y cuyo gusto está en consonancia con el suyo propio. Como el estado de las costumbres y el espíritu es el mismo para el público y los artistas, no son hombres aislados... Fidias, Ictino, los hombres que hicieron el Partenón y el Júpiter olímpico eran, como los demás atenienses, ciudadanos libres y paganos, educados en la lectura, habiendo luchado, si se ejercitaban desnudos, teniendo los mismos hábitos, los mismos intereses, las mismas ideas, creencias, hombres de la misma raza, lengua y educación... En cualquier otra parte encontraríamos ejemplos similares de la alianza y la íntima armonía que se establece entre el artista y sus contemporáneos; y podemos concluir con seguridad que si se quiere comprender su gusto y talento, *las razones que le hacen elegir tal género artístico, representan tal sentimiento, es en el estado general de las costumbres y el espíritu público que debemos buscarlos...* Así como hay una temperatura física que, debido a sus variaciones, determina la apariencia de tal o cual especie de plantas, también hay una temperatura moral que...

...determina la apariencia de tal o cual arte... *Las producciones del espíritu humano sólo por sus medios, como las de la naturaleza viva, se explican*" (mis énfasis).

Este paisaje histórico y sus vínculos sociales están presentes en lo que se considera uno de los "manifiestos" del naturalismo: la defensa del estilo realizado por Huysmans en *Émile Zola et l'Assomoir* (reproducido en Lettres.tice.ac-orleans-tours.fr, sin página), la crítica periodística de 1887, en la que el novelista argumenta también sobre la necesidad de una literatura en la que se estudie tanto al hombre sencillo o rústico, como a las mujeres "depravadas" que deambulaban por las grandes ciudades francesas. En otras palabras, "trabajos viriles" que desnuden los temas de la vida moderna, de los seres vivos que, en la vida cotidiana, se encuentran en las calles.

Al añadir la literatura a la experiencia positiva, la fisiología y los hechos sociales contemporáneos, la propuesta de Zola es: "La novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo; continúa y completa la fisiología; sustituye el estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, por el estudio del hombre natural, sometido a las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio ambiente... los novelistas naturalistas observan y experimentan, y todo su trabajo nace de la duda en la que se ponen, frente a verdades mal conocidas, a fenómenos inexplicados, hasta que una idea experimental despierta de repente su ingenio y les lleva a instituir un experimento para analizar los hechos y convertirse en maestros de los mismos... El hombre metafísico está muerto, todo nuestro terreno se transforma con el hombre fisiológico. Sin duda, el cólera de Aquiles y el amor de Dido permanecerán como cuadros eternamente bellos; pero he aquí que la necesidad nos lleva a

analizar el cólera y el amor y a ver precisamente cómo funcionan estas pasiones en el ser humano. El punto de vista es nuevo y se convierte en experimental, en lugar de ser filosófico... en resumen, todo se resume en este gran hecho: el método experimental, tanto en las letras como en las ciencias, está en proceso de determinar los fenómenos naturales, individuales y sociales, de los cuales la metafísica no ha dado hasta ahora más que explicaciones irracionales y sobrenaturales" (*Le Roman Expérimental*).

Este carácter "cientificista" también se revela claramente en los prefacios de las obras de Zola, como el escrito para Thérèse Raquin en 1868: "Se empieza, espero, a entenderse que mi objetivo era científico, en primer lugar. Cuando se crearon mis dos personajes, Thérèse y Laurent, me complació proponer y resolver ciertos problemas; así, traté de explicar la extraña unión que puede ocurrir entre dos temperamentos diferentes. Mostré las profundas perturbaciones de la naturaleza de la sangre en contacto con la naturaleza nerviosa. Leamos la novela con atención y veamos que cada capítulo es el estudio de un curioso caso de fisiología. En una palabra, sólo tenía un deseo: tener un hombre poderoso y una mujer insaciable, buscar la bestia en ellos, ver sólo a la bestia, lanzarlos a un drama violento y anotar escrupulosamente las sensaciones y actos de estos seres. Simplemente he hecho en dos cuerpos vivos el trabajo analítico que los cirujanos hacen en los cadáveres".

Otra influencia notable: la de Prosper Lucas, autor del *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle dans les états de santé et de maladie* (editado por J.B. Baillière, París, 1850), base de los estudios de Zola para la concepción de la familia Rougon-Macquart. En este trabajo, Lucas recoge datos y notas anteriores para describir y explicar lo que él llama "representantes" de las

influencias hereditarias (normales y anormales) sobre "formas físicas y almas": el padre y la madre para la herencia directa; los colaterales para la herencia indirecta; los antepasados de los padres para la herencia de retorno; los cónyuges anteriores. Lo que reaparece en el preámbulo de *La Fortune des Rougons*: "Quiero mostrar cómo una familia, un pequeño grupo de seres se comporta en una sociedad, floreciendo para dar a luz a diez, a veinte individuos que a primera vista parecen profundamente disímiles, pero que el análisis muestra que están íntimamente ligados. La herencia tiene sus leyes, como la gravedad".

Aunque tenga asegurado que las palabras romanticismo y naturalismo no significaban nada para él, excepto fomentar las peleas entre temperamentos opuestos, Maupassant afirma en el prefacio a *Pierre et Jean* (Paul Ollendorff Edit, París, 1888): "después de las escuelas literarias que querían darnos una visión deformada, sobrehumana, poética, conmovedora, encantadora o soberbia de la vida, viene una escuela realista o naturalista que quería mostrar la verdad, nada más que la verdad y sólo la verdad... el novelista que quiere darnos una imagen exacta de la vida, debe evitar cuidadosamente el ordenamiento de los acontecimientos excepcionales. Su objetivo no es contar una historia, divertirnos o conmovernos, sino forzarnos a pensar, a comprender el significado oculto de los acontecimientos... En lugar de planear una aventura y hacerla caminar de manera interesante hacia el epílogo, tomará a sus personajes en un momento de su existencia y los conducirá, a través de transiciones naturales, al siguiente momento. De esta manera mostrará cómo se desarrollan los sentimientos y las pasiones, cómo se ama, cómo se odia, cómo se lucha en todos los ámbitos sociales,

cómo se luchan los intereses burgueses, los intereses del dinero, la familia y la política".

Apenas terminado "O Mistério da Estrada de Sintra" (1870), Eça de Queiroz, al participar en las Conferencias del Casino, se declaró adepto de la nueva estética realista, naturalista o experimental (términos que utilizó indistintamente, como lo hizo el escritor y teórico Júlio Lourenço Pinto), justificando que ella era "una base filosófica para todas las concepciones del espíritu, una ley, una carta guía, un guión del pensamiento humano en la eterna región artística de lo bello, lo bueno y lo justo... Es la negación del arte por el arte; es la proscripción de lo convencional, de lo enfático y de las sentimentalidades. Es la abolición de la retórica considerada el arte de promover la conmoción utilizando la hinchazón del período, la epilepsia de la palabra, la congestión de los tropos. Es el análisis con el objetivo de la verdad absoluta. Por otro lado, el Realismo es una reacción contra el Romanticismo: El Romanticismo fue la apoteosis del sentimiento; el Realismo es la anatomía del carácter... La norma ahora son narraciones frías, deslizándose como imágenes en la superficie de un espejo, sin la intrusión del narrador. La novela debe transmitirnos la naturaleza en cuadros muy precisos, flagrantes, reales" (*O Realismo como nova expressão de arte*, reconstitución de António Salgado Júnior en *Histórias das Conferências do Casino*, Tipografia da Cooperativa Militar, Lisboa, 1930, pags. 55 e 56).

Pero si los escritores naturalistas realistas han hecho de la plebe, del proletariado y de la nueva burguesía los personajes habituales de sus narraciones y dramas, sus mayores representantes no pueden ser considerados positivistas desde el punto de vista político o filosófico. Comparemos, por ejemplo, las despiadadas tramas de los hermanos Goncourt, Gottfried Keller, Zola, Maupassant, Eça,

Thomas Hardy, Giovanni Verga, Blasco Ibáñez o incluso nuestro Aluísio de Azevedo para darnos cuenta de que, lejos de ello, la perspectiva de Comte resultó ser doctrinariamente conservadora y mesiánica, mientras que la corriente literaria mantuvo una visión desencantada o incluso irónica y escéptica del orden social. Lo que todavía se llama "Darwinismo social", es decir, la convicción de que las relaciones socioeconómicas reproducen, a su manera, la lucha natural por la supervivencia de los más fuertes o los más aptos ("las fuertes y crueles luchas de la vida", como las llama Strindberg en el prefacio de *Fröken Julie*, *Miss Julia*) está visiblemente retratada en obras de Henry Becque (*Los cuervos*, *La parisina*), de Hauptmann (*Antes del amanecer*, *Los tejedores*, *La piel de castor*) o del propio Strindberg (*Camaradas*, *Padre*, *La danza de la muerte*, *Deuda y crédito*), en cuyas obras y cuentos (*Bodas*) se revela el darwinismo en forma de antifeminismo radical y socialismo anárquico.

En sus obras finales, como *Système de Politique Positive* o *Traité de Sociologie Instituant la Religion de l'Humanité* (Carilian-Goeury et Vor Dalmon, París, 1851-1854), se muestra visiblemente como representante de la contrarrevolución de 1789, imbuido al mismo tiempo de fervor por la ciencia y de una tutela espiritual-religiosa cuyo modelo se remonta a la Edad Media "teológica". De ahí su llamada al progreso técnico-científico y al orden religioso: "...es necesario construir aquí irrevocablemente el punto de vista universal de la verdadera sabiduría, combinando finalmente, por medios morales, dos aspectos correlativos que la ciencia tuvo que separar provisionalmente. Su apreciación sucesiva se adecua a la filosofía, y la religión exige su unión habitual, que es la única que puede llevar la vida real, tanto privada como pública... Es necesario que la apreciación del pasado esté suficientemente sistematizada para

revelar el futuro. Esta continuidad no podría lograrse a menos que el progreso humano represente siempre el simple desarrollo de un orden inmutable... nuestra marcha sólo puede adquirir un carácter verdaderamente positivo si se apoya en la teoría del orden y en la del progreso, las únicas capaces de preservarnos, una de las arbitrarias, la otra de las absolutas... ningún gran progreso puede realizarse efectivamente si no tiende finalmente a la consolidación evidente del orden (Tomo 4, páginas 1 a 4).

Como nunca desarrolló una crítica o una proposición de economía política y nunca se ocupó de una teoría del Estado, permaneciendo anclado en el ámbito de las ideas, el positivismo terminó, extrañamente, dirigiéndose hacia una *Religión de la Humanidad* (o Gran Ser), una soteriología casi irracional, teniendo en cuenta las expectativas racionales de la época y la propia filosofía. Sólo importa la Humanidad, porque es la instancia genérica que permite la vida material, social, intelectual y moral de los individuos. Reemplaza la figura de Dios para dar "positividad" a la vida social. O, en palabras del propio "evangelista": "mi curso público de 1847 marcó el evento irrevocable del positivismo religioso, condensando nuestros sentimientos en pensamientos y nuestras acciones en torno a la humanidad, reemplazando definitivamente a Dios. Desde entonces surgió la elaboración simultánea de dogma, culto y régimen, propios de la fe demostrable, cuya plena sistematización constituye el destino principal de este tratado" (tomo 3, página 618).

En Inglaterra, Stuart Mill se aproxima al positivismo en relación con el aspecto empírico ya tradicional de la filosofía británica, basado en el conocimiento sensible e inductivo. Es decir, si todo lo que podemos conocer es parte de la experiencia proporcionada por los sentidos, ¿cuál sería la garantía de nuestras analogías, inferencias y

generalizaciones, por las que formulamos leyes y principios? El propio Mill responde (*A System of Logic*, libro II) que sólo un conjunto de inferencias previas y sensibles es lo que permite generalizar y concluir que el universo no es caótico sino que, por el contrario, se rige por regularidades, que sigue un curso uniforme y que lo desconocido sólo puede ser vislumbrado por lo ya conocido. Aunque materialista, Mill admite (*Essays on Theims*) la existencia de un orden o inteligencia creativa del universo y, precisamente por eso, también le corresponde al hombre dar un orden y establecer la armonía en la sociedad, a través del bien, la justicia y la libertad personal.

Ya a principios del siglo XIX, las ideas positivas de transformación y adaptación fueron ganando terreno con los nuevos historiadores naturales (o naturalistas), como Jean-Baptiste Lamarck (*Philosophie Zoologique*, 1809) o Georges Cuvier (*Les Révolutions de la Surface du Globe*, 1829), a pesar de sus diferencias. En cualquier caso, la oposición al creacionismo y la inmovilidad de los seres vivos se hace evidente, al mismo tiempo que las condiciones ambientales para la supervivencia y la progresiva complejidad de los organismos adquieren importancia.

Así, por ejemplo, escribe Lamarck: "Todos los cuerpos físicos, ya sean sólidos, fluidos, líquidos o gaseosos, están dotados cada uno de sus propias cualidades y facultades; pero en las secuencias del movimiento que se difunden entre ellos, tales cuerpos están sometidos a diversas relaciones y mutaciones en su estado y situación; establecen entre ellos diferentes formas de unión, combinación o agregación; luego prueban cambios infinitamente variados, hasta la completa desunión con sus otros componentes, separaciones de sus agregados, etc.; así, tales cuerpos adquieren otras cualidades y facultades relativas al estado en que se encuentra

cada uno. Como resultado de la disposición o situación de tales cuerpos... de las facultades que cada uno posee, de las leyes de cada orden que rigen sus cambios y sus influencias, en fin, del movimiento que no les permite ningún reposo absoluto, reina continuamente, en todo lo que constituye la naturaleza, una poderosa actividad, una sucesión de movimientos y mutaciones de todo tipo que ninguna causa podría reducir, excepto la que hizo que todo existiera. Considerar la naturaleza como eterna y, por consiguiente, como si hubiera existido siempre, es para mí una idea abstracta cuya razón no puede satisfacerme... La naturaleza, al producir sucesivamente todas las especies de animales y comenzar por las más imperfectas o las más sencillas, para terminar su trabajo con las más perfectas, fue complicando poco a poco su organización... y cada especie, por la afluencia de circunstancias en que se encontraba, recibió las costumbres con las que las conocemos y las modificaciones de sus partes que la observación nos muestra" (edición Dentu, París, pp. 360, 361).

Un poco más tarde, en un artículo escrito en 1857 sobre la noción de progreso de la Ilustración, Herbert Spencer utilizó el término "evolución", entendiéndolo como un principio común a los fenómenos no sólo del universo material, sino también de la sociedad (*Progress: its Law and Causes*, Westminster Review). Esta concepción generalizadora le fue sugerida por la filosofía natural de Schelling, por los naturalistas y por la entonces reciente teoría del desarrollo embrionario del médico y fisiólogo Karl von Baer (descubridor del estadio blastocista, el notocordio y el óvulo), y que él la había expuesto en el libro *Über Entwicklungsgeschichte der Thiere* (Sobre la historia del desarrollo animal), de 1828. Dos años después del artículo de Spencer, Darwin popularizó el término en su libro "El

origen de las especies", afirmando que la evolución, en el caso de los organismos vivos, tuvo lugar por selección natural. Darwin, de hecho, limitó el concepto de evolución a los seres vivos, mientras que Spencer lo empleó con referencia al universo entero. En su opinión, se caracteriza por el paso de un estado inicial de indefinición, más homogéneo o simple, a otro más definido, heterogéneo o de mayor complejidad en las formas y conexiones.

En consecuencia, la noción de estabilidad o permanencia (de naturaleza filosófica o religiosa) se vio profundamente sacudida en favor de una visión de cambios continuos, a pesar de la indestructibilidad de la materia y la conservación de las energías. Tales principios, según Spencer, están sujetos a la inexorable ley de "integración de la materia y dispersión del movimiento".

Y cuando se trata de la sociedad, la cultura, la promesa de desarrollo, provocada por la complejidad, se asemeja a la ley de las tres etapas de Comte. La progresión evolutiva de lo simple a lo compuesto puede observarse en las relaciones socioeconómicas. Habría entonces dos tipos de sociedad a lo largo de la historia: la militante, anterior, y la industrial, de su época. La primera se basaba en relaciones jerárquicas o estamentales de obediencia, mientras que la industrial se construía sobre obligaciones voluntarias o libremente contraídas.

Sin embargo, fuera del entorno francés, puede haber sido la corriente del positivismo materialista alemán la que ha tenido mayor impacto en las perspectivas de la literatura naturalista. Sus principales exponentes - Karl Vogt, Jakob Moleschott, Ernst Haeckel y Ludwig Büchner (hermano menor del dramaturgo Georg Büchner) - todos ellos investigadores en el campo de la biomedicina, se dedicaron a combatir las ideas dualistas en las ciencias, ejerciendo

así influencias directas en la filosofía y el espíritu de la época. Los autores creían que sus investigaciones apuntaban claramente a la prevalencia absoluta de los mecanismos biológicos sobre el funcionamiento de toda la vida animal, incluidos los aspectos psicológicos y teleológicos del ser humano. De ahí que se les considerara "monistas materialistas". Para Moleshott, por ejemplo (*Der Kreislauf des Lebens*, El ciclo de la vida, 1852), los fenómenos fisiológicos o vitales son suficientes por sí mismos, es decir, no necesitan, en términos explicativos, ninguna hipótesis extrafísica o sobrenatural. Büchner, profesor en Tubinga, defendió las propuestas de Moleschott en su obra *Kraft und Stoff* (Fuerza y materia, 1852), reafirmando las ideas de indestructibilidad de la materia y las energías, de evolución e inmutabilidad de las leyes naturales. Para ambos, lo que llamamos espíritu es el resultado de una acción cooperativa de muchas sustancias dotadas de cualidades y fuerzas naturales. En opinión de Büchner, despreciar la importancia de la materia, y con ella el propio cuerpo, es una aberración a la que sólo se puede llegar por ignorancia o fanatismo. Haeckel añadió muchas observaciones y hechos en apoyo de la teoría de Darwin (aunque no estaba del todo convencido de la selección natural), además de contribuir en gran medida a la taxonomía biológica (los términos filo, filogenia, ontogenia, ecología, eslabón perdido son suyos, por ejemplo, entre otros). Con sus investigaciones iniciales, que dieron lugar a la obra *Generelle Morphologie der Organismen* (Morfología general de los organismos, 1866), propuso el paralelismo entre la evolución del embrión individual y el desarrollo filogenético de la especie a la que pertenece. Mucho más tarde, ya a finales de siglo, escribió *Die Welträtsel* (Los enigmas del mundo), un libro de enorme éxito de ventas en toda Europa. Allí, la tesis de la ciencia se apoya

una vez más como el poder de revelar el mundo y el camino de la liberación y la salvación humana.

En Italia, por fin, encontramos a Roberto Ardigò, un sacerdote que, ante la crisis religiosa de los cuarenta años, abandonó el hábito para consagrarse a la filosofía y a la enseñanza, atraído por las ideas de Pomponazzi, Comte y Spencer. En *Pietro Pomponazzi* escribe: "El pensamiento moderno, al que Europa debe su actual condición de grandeza y poder, es la maduración de una filosofía que nació cerca de nosotros en los años del Renacimiento... En la época actual, los derechos humanos, de la Revolución Francesa, se han convertido en las leyes de la sociedad; el sentimiento individual, de la Reforma Germánica, se ha convertido en la libertad civil y religiosa efectiva, y los nuevos principios racionales, del Renacimiento italiano, se han convertido en nuestra ciencia positiva. En este momento, la especulación no tiene ningún valor, sino sólo la que se basa en la observación y la experimentación, y en la que se estima por encima de todo la moralidad del trabajo" (págs. 10 y 11, ed. Giustino Soave, Mantova, 1869). Un año más tarde, en *La psicología como ciencia positiva*, reafirma la noción y la realidad del hecho como base de toda investigación y reflexión: "Posee una realidad propia, una realidad inalterable que nos vemos obligados a afirmar, tal como se nos da y tal como la encontramos, con una absoluta imposibilidad de quitarle o añadirle algo; el hecho es algo divino; lo abstracto, por el contrario, somos nosotros los que lo formamos; y podemos formarlo como algo especial o más genérico; por lo tanto, lo abstracto, lo ideal, el principio teórico son humanos" (citado en *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, vol. II, pág. 2). III, Reale, G. y Antiseri, D., Herder Editorial, Barcelona, 1988).

Este hecho de estudio científico o de proposición filosófica equivale, en el universo literario del naturalismo, a la "porción o rebanada de vida" que sirve de punto de partida para la narración, conservada así en su máxima verdad. La sociedad, a su vez, corresponde al propio medio ambiente del hombre, y por lo tanto lo condiciona en todos los aspectos, de la misma manera que los fenómenos físicos y químicos determinan las condiciones naturales. De ahí la preferencia por la novela, el vehículo más apropiado para la profundización descriptiva de los mecanismos y condiciones psicológicas y sociales.